

Borges sin laberintos

Borges without labyrinths

Martín Pérez Calarco¹
Celehis - ISTE C

Resumen

Difícil no regresar a Borges cada vez que volvemos a discutir nuestro “destino sudamericano”. El abordaje que proponemos se centra en una serie textual cuyas inscripciones en el *pólemos* político hace de Borges un escritor de coyuntura. En un itinerario que va de *El tamaño de mi esperanza* a “Juan López y John Ward”, del nacionalismo al nazismo, del *Martín Fierro* al *Facundo*, y del peronismo al presente, abordamos tanto textos centrales (cuentos, ensayos y poemas) como textos laterales (prólogos a obras ajenas, notas y posdatas añadidas a los textos con posterioridad a su primera publicación) a la busca de recuperar el sentido inmediatamente contextual de sus intervenciones, entendidas como una praxis literario-política, y acaso algunas de sus proyecciones.

Palabras clave: Borges; épica; historia; política

Abstract

It is difficult to discuss our “destino sudamericano” without returning to Borges. In this article, we examine a textual series inscribed in the polemos that makes Borges a political writer. From *El tamaño de mi esperanza* to “Juan López y John Ward”, Nationalism to Fascism, *Martín Fierro* to *Facundo*, Peronism to the present, the article recovers the contextual meaning of Borges’ interventions by analyzing both his central work (short stories, essays and poems) and his lateral production (prefaces to other writers’ works, notes, postscripts added to his own texts after their first publication). We will understand Borges’ writing as a part of a political-literary praxis, discussing its immediate meaning and some of its later projections.

Keywords: Borges; epic; history; politics

Borges podría convertirse en el símbolo de una humanidad sin dogmas ni sistemas, y si existe una utopía a la cual yo me adheriría con gusto, sería aquella en la que todo el mundo le imitaría a él. Emil Cioran, “El último delicado”

Las primeras intervenciones de Jorge Luis Borges en las letras argentinas declaran una intención programática. Ya en 1926, el joven inquisidor proponía a sus contemporáneos la ambiciosa tarea de encontrar la poesía, la música, la religión y la metafísica dignas de

¹ Martín Pérez Calarco (Buenos Aires, 1982). Doctor en Letras y Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde es docente e investigador en el Área de Literatura y cultura argentinas. Becario Doctoral (2010-2015) y Postdoctoral (2015-2017) de Conicet. Director de *Reseñas Celehis* desde 2020. Correo electrónico: martinpcalarcoii@yahoo.com.ar

una Buenos Aires que, según decía, “*más que una ciudad, es un país*” (2008, 16; cursiva en el original). En su diagnóstico criollista, Borges enjuiciaba la historia argentina a la busca de “lo elemental, lo genésico” (2008, 15) y apenas encontraba en ese siglo y monedas “el arrojamiento de los ingleses de Buenos Aires”, como “primer hazaña criolla”; “La guerra de la Independencia”, “pero” (y la adversativa es de Borges) que no calificaba como “empresa popular”; el tango; cinco o seis nombres propios y su primer objeto de fascinación:

La Santa Federación fue el dejarse vivir porteño hecho norma, fue un genuino organismo criollo que el criollo Urquiza (sin darse mucha cuenta de lo que hacía) mató en Monte Caseros y que no habló con otra voz que la rencorosa y guaranga de las divisas y la voz póstuma del Martín Fierro de Hernández. Fue una lindísima voluntá de criollismo, pero no llegó a pensar nada y ese su empacamiento, esa su sueñera chúcara de gauchón, es menos perdonable que su Mazorca. (2008,14 – cursiva en el original)

La Santa Federación, entonces, detenta la idiosincrasia criolla y el *Martín Fierro* pareciera ser su canto final. El planteo acerca del vacío de la patria concluía con tres estampas en las que San Martín resultaba “*un general de neblina*” (2008, 15), Sarmiento un “*norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo*” que “*nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura*” (2008, 14), Yrigoyen el único hombre que anda por Buenos Aires “*privilegiado por la leyenda y que va con ella como en un coche cerrado*” (2008, 16).

Una o dos páginas de 1926 anuncian algunas de las preocupaciones fundamentales de Borges durante los siguientes sesenta años. Buenos Aires, lo criollo, Rosas, el gaucho, Martín Fierro, Sarmiento, la Mazorca serán símbolos en los que condensará el lado

nacional de nuestra tradición. Pero antes de que estos símbolos retornen con intensificada insistencia, Borges se ocupará de uno en particular: la fundación primero mitológica y luego mítica de Buenos Aires, culminación de un proyecto que se resolverá durante la década del veinte a través de una teogonía personal cuyo centro son la Pampa y el Suburbio. Aún el nombre de Yrigoyen, tomado de aquel presente inmediato, está marcado por la leyenda; es, de algún modo, el caudillo de la última gesta épica y va a adquirir estatuto poético en el “corralón” que Borges añade recién en su segunda fundación de Buenos Aires. A la busca de esos fantasmas de los que hablaba en “El tamaño de mi esperanza”, Borges trabaja sobre retazos de historia y de leyenda, les da un tratamiento épico, aspira a construir un pasado mítico cuyos héroes y territorios sean el punto al que regresar cada vez que sea necesario reconocernos.

“Aquí empieza su aflicción”

Sobre esa base y punto de partida se irán articulando los sucesivos movimientos borgeanos en torno a la literatura y la historia argentinas. Ya fundada Buenos Aires, Borges se inscribe en la discusión sobre el poema nacional. A quince años de aparecido *El payador*, de Lugones [1916], Borges discute los rasgos de epicidad del *Martín Fierro*. Su contrapropuesta será la de leerlo como novela propia de su siglo.

Entre 1928 y 1935, trabaja en un texto puntual en el que concretará una síntesis entre el género gauchesco y la mitología de Buenos Aires: “Hombre de la esquina rosada” [1935]. Borges ha encontrado en el duelo a cuchillo una de esas escenas en las que el tiempo deja de transcurrir de manera lineal, interviene alguna forma de mandato superior y tácito, y los hombres responden a una ética del coraje más que a la conservación de la propia vida. Por no acatar su destino, ese “Hombre de la esquina rosada” que será Rosendo Juárez pasa por un hombre infame y su infamia será la cobardía pública.

Casi una década después, Borges publicará su “Poema conjetural” [1943], donde el “destino sudamericano” de Laprida se impone, porque “vencen los bárbaros, los gauchos vencen” pero un “júbilo secreto” le endiosa el pecho. Al año siguiente aparecerá, también, su “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” [1944], primera variación sobre el *Martín Fierro* en la que el coraje, la justicia y la amistad, pero no la barbarie, se revelan en un instante de peligro. Simultáneamente, Borges comienza su reevaluación de Sarmiento en el “Prólogo” [1944] a una edición de *Recuerdos de provincia*:

La peligrosa realidad que describe Sarmiento era, entonces, lejana e inconcebible; ahora es contemporánea. (Corroboran mi aserto los telegramas europeos y asiáticos.). (1996, 121)

Como ha dicho Lugones: “Es eso lo que no puede perdonarse a Rosas: la esterilidad de veinte años en un país que a los cien ha progresado como vemos” (*Historia de Sarmiento*). (1996, 121)

Sarmiento, el “norteamericanizado indio bravo” que, según el Borges de 1926, “nos europeizó”, será el testigo de la patria que sigue refiriéndonos el presente. Borges se desplaza de la literatura a la historia, del mito de origen al acta de fundación. En plena Segunda Guerra Mundial, Sarmiento será un salvoconducto para unir pasado y presente más allá del mito y descubrir que lo que en el pasado fue gesta épica, en el presente tiene la forma de la barbarie. Borges anticipa, además, parte de la tesis de “El escritor argentino y la tradición” [1953] pero referida a Sarmiento: “Sabe que nuestro patrimonio no debe reducirse a los saberes del indio, del gaucho y del español; que podemos aspirar a la plenitud de la cultura occidental, sin exclusión alguna” (1996, 123). Borges encuentra en Sarmiento algo que no está en Hernández; si Hernández es el correlato de la serie borgeana nacional, Sarmiento lo será para el lado universal de esa misma serie borgeana.

Por último, tenemos la cita a Lugones cuyo nombre detrás del argumento sobre Rosas y la Santa Federación había omitido durante los años parricidas. En el mismo sentido, tras el suicidio del poeta nacional, “a principios del 38”, Borges modificará parcialmente su lectura del *Martín Fierro* cuando publique, en 1953, su propio payador. Borges ratifica el poema de Hernández como texto nacional y, si bien acusa a Lugones de revivir una vieja y dañina superstición por reclamar el carácter épico del poema, reconoce a la palabra “epopeya” una utilidad en ese debate, esta le permite definir, dice, la clase de agrado que la lectura del *Martín Fierro* nos da (“más parecido al de la *Odisea* [...] que al de una estrofa de Verlaine”; 1971, 61). Borges le da un giro al argumento de Lugones pero este, en pleno esplendor del peronismo, se le impone.

El año de 1953 es también el de la publicación de los cuentos “El fin” y “El sur”. Al tiempo que admite el valor épico del poema de Hernández, lo corrige para siempre y mata a nuestro héroe en su propia ley; al tiempo que modifica su hipótesis inicial, la escenifica en “El sur”. Una reseña abrirá la rendija por la que se filtre el acontecer inmediato en relación a estos duelos en los que la vida y la muerte no son más (ni menos) que una deuda con la valentía. El libro comentado es *El sueño de los héroes*, de Adolfo Bioy Casares:

(...) la figura en la que el argentino encuentra su símbolo es la del hombre solo y valiente, que en un lance de la llanura o del arrabal se juega la vida con el cuchillo
(...) Cabe sospechar que los argentinos podemos concebir una sola historia; la amarga y lúcida versión que Adolfo Bioy Casares ha ideado corresponde con trágica plenitud a estos años que corren”. (Borges, 1999, 284 -286)

A diferencia del prólogo a *Recuerdos de provincia*, donde la referencia al contexto inmediato es de orden internacional, esta reseña (publicada poco después de los

bombardeos a la Plaza de mayo y poco antes del golpe de septiembre de 1955) parece anclar en la cultura nacional, articulada por el marcado antiperonismo de Borges pero también por su perenne antinacionalismo.

En lo sucesivo, Borges escribirá tres prólogos al *Martín Fierro*, dos en 1962 y uno en 1968. En el primero de los de 1962, retoma, en términos generales, lo escrito en 1953. En el segundo, que antecede a una edición facsimilar, se refiere al proceso de producción del poema y a la finalidad menos estética que política que lo motivó. El “Prólogo” de 1968, en cambio, indica un momento de inflexión en las lecturas borgeanas del *Martín Fierro* y del *Facundo*. La primera línea lo muestra sin rodeos: “Después del *Facundo* de Sarmiento o con el *Facundo*, el *Martín Fierro* es la obra capital de la literatura argentina” (1996, 90). Borges añade otra sentencia fundamental para evaluar sus apreciaciones posteriores: “Se ha repetido, por ejemplo, que el *Martín Fierro* es una epopeya, que la historia argentina se cifra de algún modo en sus páginas” (1996, 90). 1968 es el año en que aparecen las *Zonceras* de Jauretche y la versión fílmica del *Martín Fierro*, de Torre Nilsson; poco después las Fuerzas Armadas Peronistas y Montoneros reescribirán el “Religión o muerte” de la bandera de Quiroga en versiones (“Patria o muerte”, “Perón o muerte”) que también se corresponden con trágica plenitud a esos años.

Al año siguiente de aquel prólogo, en 1969, aparece la reescritura de “Hombre de la esquina rosada” en “Historia de Rosendo Juárez”, donde el infame cobarde obtiene al fin su derecho a réplica y cuenta su versión civilizada (hoy diríamos progresista) de las cosas. Ese mismo año, en el “Prólogo” a *Elogio de la sombra*, plantea que “A los espejos, laberintos y espadas que ya prevé mi resignado lector se han agregado dos temas nuevos: la vejez y la ética” (2010: 405).

Para 1974, “la vuelta” de Perón ya había cerrado la estructura narrativa del peronismo en analogía con *La vuelta de Martín Fierro*²; Borges prologa el *Facundo* y hace suyo el procedimiento de leer la historia argentina a través de un mismo texto pero en lugar del poema de Hernández ahora elige su aparente antítesis:

El gaucho ha sido reemplazado por colonos y obreros; la barbarie no sólo está en el campo sino en la plebe de las grandes ciudades y el demagogo cumple la función del antiguo caudillo, que era también un demagogo. La disyuntiva no ha cambiado. *Sub specie aeternitatis*, el *Facundo* es aún la mejor historia argentina. (1996, 125)

Ese mismo año, para la edición de sus *Obras completas*, añade en algunos textos una serie de posdatas, entre ellas hay dos particularmente significativas:

Al “Prólogo” del *Facundo*:

POSDATA de 1974: El *Martín Fierro* es un libro muy bien escrito y muy mal leído. Hernández lo escribió para mostrar que el Ministerio de la Guerra –uso la nomenclatura de la época- hacía del gaucho un desertor y un traidor; Lugones exaltó ese desventurado a paladín y lo propuso como arquetipo. Ahora padecemos las consecuencias. (1996, 93)

Al “Prólogo” de *Recuerdos de provincia*:

POSDATA DE 1974: Sarmiento sigue formulando la alternativa: civilización o barbarie. Ya se sabe la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar el

² Esta lectura no es meramente una elucubración borgeana, tiene un correlato en una literatura y una cinematografía cercanas al peronismo en los nombres de Leónidas Lamborghini, Leonardo Favio, El grupo Cine Liberación, entre otros.

Martín Fierro, hubiéramos canonizado el *Facundo*, otra sería nuestra historia y mejor. (1996, 124)

Las posdatas fechadas traen al presente de 1974 una conexión inesperada. “Ahora padecemos las consecuencias” de la exaltación nacionalista del Lugones, quien terminaría proclamando la *manu militari* “de la espada”; pero también de la “elección” de los argentinos que, en un 61 y pico por ciento, acababan de ratificar su voluntad democrática y, acaso sin saberlo del todo, militarista. Ese año de 1974 es también el del “Epílogo para las obras completas”, texto en el que Borges falsifica la entrada de una enciclopedia a publicarse en 2074 y aporta una serie de líneas que dan cuenta de cierto desplazamiento respecto de la serie histórico-político-literaria argentina:

Sus preferencias fueron la literatura, la filosofía y la ética (...) los años de Borges correspondieron a una declinación del país. Era de estirpe militar y sintió la nostalgia del destino épico de sus mayores. Pensaba que el valor es una de las pocas virtudes de que son capaces los hombres, pero su culto lo llevó, como a tantos otros, a la veneración atolondrada de los hombres del hampa. Así, el más leído de sus cuentos fue “*Hombre de la esquina rosada*”, cuyo narrador es un asesino (...) Su secreto y acaso inconsciente afán fue tramar la mitología de un Buenos Aires que jamás existió. Así, a lo largo de los años, contribuyó sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas. (1996, 499-500)

Este deslizamiento que va de la “veneración atolondrada” a la exaltación insospechada de la barbarie es el revés de la trama de esa parábola que Borges ha trazado a lo largo de más de medio siglo. Si en aquel fragmento de “El tamaño de mi esperanza”

que transcribimos al principio Borges juzgaba como primera hazaña criolla el haber arrojado de Buenos Aires a los ingleses durante las invasiones, en 1982 escribirá en relación a la guerra de Malvinas el célebre “Juan López y John Ward”, quienes hubieran sido amigos de no haberles tocado “en suerte una época extraña” en la que:

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras. (1996, 496)

Estos últimos textos, que van de 1969 a 1982, son parte de un *corpus* más amplio en el que Borges parece concretar un pasaje desde el *Martín Fierro* al *Facundo* y de la épica a la ética o, dicho de otro modo, desde la elaboración y celebración de una heroica mitología argentina al declarado rechazo de su función histórica. Ese desencanto final, desde ya, no obtura la potencia con la que su obra gravita todavía en la cultura argentina.

Borges 2024

En estos días que están pasando, no son pocos los que con cierta sorna han regresado a aquel ensayo de 1946 en el que Borges sugería la posibilidad de que “Nuestro pobre individualismo” hallara finalmente una función histórica. Aquellas aseveraciones, publicadas un mes después de la asunción de Juan Domingo Perón a la Presidencia de la Nación, parecen transparentes en su intencionalidad política; la asimilación mecánica en este presente de 2024, sin embargo, implica descreer de la posibilidad de que exista algo distinto a la lectura literal y dogmática. El gesto revisionista se detiene con fruición en algunos pasajes particulares:

El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. (2010, 43)

El más urgente de los problemas de nuestra época (...) es la gradual intromisión del Estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal, cuyos nombres son comunismo y nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontrará justificación y deberes. (2010, 45)

Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de un partido que tuviera alguna afinidad con los argentinos; un partido que nos prometiera (digamos) un severo mínimo de gobierno. (2010, 45)

El nacionalismo quiere embelesarnos con la visión de un Estado infinitamente molesto; esa utopía, una vez lograda en la tierra, tendría la virtud providencial de hacer que todos anhelaran, y finalmente construyeran, su antítesis. (2010, 45)

No hace falta realizar una limpieza de prontuario, el antiperonismo de Borges es explícito y sostenido; tampoco cabe olvidar que es también íntimo, enfático y razonado. Y aunque está pensando en eso (o en “esto”, diría Martínez Estrada), Borges no menciona en 1946 al peronismo; los modelos de estado (simétricos e inversos) a los que se refiere de manera explícita son el comunismo y el nazismo. La guerra apenas ha terminado, Borges lleva ya diez años escribiendo contra Hitler y el avance del nazismo, Orwell todavía no ha comenzado a escribir *1984*, falta más de una década para que Halperín Donghi publique en *Contorno* su famoso “Del fascismo al peronismo”.

La sucesión de citas parece indicar que el rescate de ese “viejo hábito argentino” al que luego llama “individualismo” (Balderston, 2018, 135) es poco menos que una mera adhesión liberal. Sin embargo, la inscripción literaria de esos argumentos no recurre al

panteón argentino de esa estirpe ideológica, que podrían presidir Mitre o Alberdi o los distinguidos apellidos criollos de la generación del 80, sino que regresa al género gauchesco y a la figura del gaucho. Primero nos remite a “esa desesperada noche” de la literatura argentina en la que “un sargento de la policía rural gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro” (Borges, 2010, 44); luego da un paso más y nos recuerda que nuestro “héroe popular es el hombre solo que pelea con la partida” ya en acto, en el pasado o “en potencia” (Borges, 2010, 44). Contra toda apropiación institucional, nos insta a redescubrir que ni Fierro ni Moreira eran gauchos montoneros; contra todo pronóstico lineal, elige definir a Fierro y a Moreira como héroes populares.

Menos que la traslación lineal de aquellas afirmaciones, sujetas a una escena social y política precisa, quizá tenga sentido revisar qué es lo que Borges despreciaba cuando repudiaba al nazismo, al comunismo y, en consecuencia, al peronismo. De la numerosa materia disponible, propongo dos ejemplos, uno es más bien personal o anecdótico, el otro quizá sea el más insigne.

En 1946, un mes después de publicar “Nuestro pobre individualismo”, Borges recibe la noticia de que su cargo en la Biblioteca Municipal Miguel Cané ha sido modificado. Su nuevo destino, que nada tiene que ver con la literatura y que pasó a la historia con el nombre de “Inspector de aves de corral”, le resulta inadmisibile. Según Borges (y Victoria Ocampo) el traslado era un castigo por haber firmado notas y manifiestos que declaraban una posición contraria al Eje [Alemania, Italia, Japón] y exigían el levantamiento del Estado de sitio y la restitución democrática tras el golpe de 1943. En las palabras que pronuncia en la comida que “los escritores” (1999, 303) le ofrecen como desagravio, refiere que otro empleado municipal, bajo un cartel que decía *Dele-Dele*, lo puso al tanto de que el traslado se debía a lo antedicho. Borges emprende

entonces una caracterización que antes correspondía al nazismo y ahora, también, al peronismo:

Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez. (1999: 304)

El descargo de Borges enumera los rasgos que, a su juicio, las dictaduras exaltan (opresión, servilismo, crueldad) y culmina esa enumeración gradual, reverso evidente de la denuncia por persecución ideológica, con un subrayado alegato contra la “idiotez”, cuyo rostro circunstancial (pero no único) encuentra en el peronismo.

El otro caso tiene la impronta de una narración ficcional. En 1947, al año siguiente de la aparición del ensayo *individualista*, Borges y Bioy emprenden la maléfica colaboración titulada “La fiesta del monstruo”, que se publicará en Montevideo recién en 1955. Como se ha repetido hasta el cansancio, el cuento es una abierta diatriba contra el peronismo y, por supuesto, una parodia extrema de las clases populares y de un nacionalismo plagado de apellidos italianos. La burla, la mofa, la ridiculización saturada que los autores derrochan al crear la lengua imposible de ese narrador que previene a Nelly son, desde ya, un exceso. Pero ese exceso, que va elaborando una perversa comicidad, se sostiene minuciosamente en algunos procedimientos particulares: la contradicción lógica, el absurdo, el sinsentido. La lengua del narrador llega incluso al malabar sintáctico más sintomático de esos procedimientos: “Para despistar, todos nos reíamos de mí” (Borges, Bioy Casares, 1991, 398); en este fragmento queda condensada la posición enunciativa del personaje: es al mismo tiempo sujeto de una acción enunciada como voluntaria y víctima necesaria de esa acción y del grupo al que pertenece; es, al mismo tiempo, público y bufón. También encontramos la escenificación de la crueldad y

de la manipulación (ahí están los chistes y gracias que recaen sobre el narrador, los constantes golpes, el incendio, el cortaplumita, el apedreamiento, el ruido de fondo del aparato de propaganda que indica cómo pensar, el disciplinamiento de los punteros sobre los militantes más llanos), y la vulgaridad (a veces velada, a veces explícita) como moneda de curso legal del habla política cotidiana.

El ataque tiende a la demasía, a la desproporción y a la hipérbole; quizá valga destacar que el fundamento de su eficacia era, aún en 1955, ocho años después de pergeñado y en pleno fervor del antiperonismo, su renuncia al realismo, su deliberada inverosimilitud.

La diversa entonación de una metáfora

El recorrido de lectura anterior selecciona deliberadamente una serie textual cuyas inscripciones en el *pólemos* político hace de Borges un escritor de coyuntura. Es decir, hace de Borges casi lo contrario de lo que, tras su muerte, se convirtió en su cristalizada y masiva imagen de autor. Sin embargo, no hace falta eludir sus ficciones de aliento universal y metafísico para encontrar en su obra lo que, hace ya más de diez años, en un debate televisivo, Horacio González llamó “una magna ética política”³.

Podemos fijar la atención en el célebre “Tu masa de oprimidos y de parias no es más que una abstracción. Solo los individuos existen, si es que existe alguien”, del cuento “El otro” (2009, 17), de 1974; pero también podemos subrayar ese descubrimiento que Borges confiesa ante la liberación de París, en octubre de 1944, cuando se le revela (y no por primera vez) “que una emoción colectiva puede no ser innoble” (2010, 128).

³ Programa 6, 7, 8, emitido el 30 de agosto de 2012, por la televisión pública; se puede ver un extracto en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=Bfb-VVfMQHU>

Quizá cabría releer, una vez más, las colecciones de cuentos de los no casuales años cuarenta y cincuenta (*Ficciones* y *El Aleph*) en las que, con una intensidad más potente que la de casi cualquier otra idea, nos encontramos con personajes cuya individualidad se diluye en rebeliones populares (“Tema del traidor y del héroe”), sectas que abarcan a la humanidad en pleno (“La secta del Fénix”), conspiraciones y conjuros que se extienden por siglos y generaciones (“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”), hombres en los que se condensa toda la especie (“El inmortal”), mártires que renuncian al honor póstumo y aceptan una trascendencia histórica injusta e infame por la redención de la humanidad (“Tres versiones de Judas”); en fin, hombres que son todos los hombres.

Bibliografía:

Balderston, D. (2018). “Revelando las falacias del nacionalismo: de ‘Viejo hábito argentino’ a ‘Nuestro pobre individualismo’”. En *Variaciones Borges*, 46, 135 – 155.

Borges, J. L. (1971) [1953]. *El “Martín Fierro”*. Columba.

Borges, J. L. (1994). *Obras Completas I*. Emecé.

Borges, J. L. (1996). “Epílogo para las obras completas”. En *Obras Completas III* (499-500). Emecé.

Borges, J. L. (2009). “El otro”. En *Obras completas III* (13 - 20). Emecé.

Borges, J. L. (1996). “Juan López y John Ward”. En *Los conjurados. Obras Completas III* (496). Emecé.

Borges, J. L. (1996). *Prólogo con un prólogo de prólogos*. En *Obras completas IV*. Emecé.

Borges, J. L. (1999). *Borges en Sur (1931-1980)*. Emecé.

Borges, J. L. (2008) [1926]. *El tamaño de mi esperanza*. Alianza.

Borges, J. L. (2010). “Historia de Rosendo Juárez”. En *El informe de Brodie, Obras Completas II* (471 - 476). Emecé.

Borges, J. L. (2010). “Poema conjetural”. En *El otro, el mismo, Obras completas II* (287 - 288). Emecé.

Borges, J. L. (2010). “Anotación al 23 de agosto de 1944”. En *Otras inquisiciones, Obras completas II* (128 - 129). Emecé.

Borges, J. L. (2010). *Elogio de la sombra*, en *Obras Completas II*. Emecé.

Borges, J. L. & Bioy Casares, A. (1991). “La fiesta del monstruo”. En *Obras completas en colaboración* (392 - 402), Emecé

Helft, N. (1997). *Jorge Luis Borges. Bibliografía completa*. Fondo de Cultura Económica.

Jauretche, A. (1973) [1968]. *Manual de zonceras argentinas*. Peña Lillo.

Kohan, M. (2005). *Narrar a San Martín*. Adriana Hidalgo.

Lugones, L. (1991). *El payador*. Biblioteca Ayacucho.

Torre Nilsson, L. (1968). *Martín Fierro. Film*. Contracuerdo – AVH.